

Un motivo de la fama negativa de los primeros mestizos

Por José Antonio del Busto Duthurburu

Creemos que la mala fama de los primeros mestizos americanos y el Cuatrocientos portugués guardan una estrecha relación. Para probarla pensamos ir de los mulatos africanos del siglo XV a los mestizos indios del XVI... pasando por la carabela.

Esta, embarcación dominadora de un instante decisivo, tuvo por cuna la ría portuguesa, aguas que la mecieron al romper el siglo XIII; Henrique Lopes de Mendonça y Cesáreo Fernández Duro coinciden en esta afirmación. Dedicada a la pesca y al comercio menor, la carabela tardará en navegar otros mares de Europa. Sin embargo, el problema de su nombre hizo sospechar en un principio su origen no portugués. Se dijo, por ejemplo, que venía del italiano *cara bella*; otros, que del francés *carre voile*. Mas el curioso nombre no era italiano ni francés, tampoco castellano ni lusitano. Procedía ¡quién lo creyera! de Berbería, donde los moros tenían una embarcación llamada *carib*, muy veloz y marinera. Los castellanos la llamaron *carabo*, los catalanes *caravá* y los portugueses *carevo* o *carrevo*. La Crónica de Alfonso el Onceno se refiere a “*navíos que facen los moros, que llaman caravos*”. El carabo, pues, era un navío morisco que —por contraposición al barinel lusitano— carecía de velas. Así cruzó el Mediterráneo y atravesó Gibraltar. Pero, cuando la agarena embarcación echó sus áncoras en las rías portuguesas, lo hizo ya con arboladura y velámen, también llamándose *carabela*, es decir, *carabo a vela* (1).

Cuerpo de carabo y velámen de barinel, eso fue la carabela. Y los portugueses le dieron un tipo tan acentuado y propio, que pasó a ser considerada como de origen lusitano. Vela triangular y casco redondo, así pasó a la fama. Pero por ser así, precisamente, surge la mayor de sus críticas hecha por el clérigo marino Fernando de Oliveira en su *Livro da fabrica das naus*. Allí dice de la carabela: “*género mezclado y neutro,*

1. Pereyra, Carlos... *La conquista de las rutas oceánicas*.— Madrid, imprenta de la Editorial Aguilar, 1940.— Cap. III, pp. 92 a 96.

toma de los otros géneros (de naos) las partes peores, como mulato" (2). Este es el punto al que queríamos llegar.

Los marinos portugueses de la Escuela de Sagres más de una vez retornaron a los puertos de origen trayendo a sus hijos, engendrados en mujeres africanas; por otro lado, los "fidalgos" compraron esclavas negras en el mercado de Lagos y tuvieron hijos en ellas. Así se conoció el vástago de portugués y guinea en Lisboa, Oporto, Aveiro, Vianna y Faros, todas ciudades en contacto con el África occidental. Las viejas observaron a los muchachos oscuros y hallándolos con mucho de la incultura materna, los miraron mal. Eran —culturalmente— híbridos, como los mulos, y los llamaron *mulatos*. Sirva la comparación mas no la etimología, pues la palabra *mulato* —así como su forma *muleto*— no reconocía su origen en el latín *mula* sino en el árabe *muwallad*, que se traduce *mestizo* (3). De allí también derivaba *muladí*, pues la palabra *muwalladi* significaba mestizo de árabe y extranjera (4).

En España —con relación a Portugal— hubo muy pocos mulatos. Las relaciones de viajeros prefieren hablar de negros, algunos con pintas blancas como ese raro ejemplar del Duque de Medina Sidonia (5). El mismo refranero no se ocupa del mulato sino de la mulata, una sola vez y vinculada a la hembra del mulo:

*"Ni mula ni mulata,
ni teatino, tercero ni beata"* (6).

Pero si España casi no tuvo mulatos —desmíentanos la Raya de Portugal, Villanueva de Barcarrota y el Condado de Niebla— tuvo sí muchos mestizos indianos. Estos pululaban por Andalucía y Castilla procedentes del Nuevo Mundo. Sus parientes consanguíneos los llamaban "*mesticicos*", pero —no nos engañemos— venían a ser mulatos con etimología latina. No en vano eran hijos de la mezcla y procedían, casi siempre de un hogar informal. La voz *mestizo* derivaba de *misticius*, de *mixto*, de allí su definición actual —conservadora de su primer sentido— en el Diccionario de la Lengua Española: "*aplicase a la persona nacida de padre y madre de raza diferente y con especialidad al hijo de hombre blanco e india, o de indio y mujer blanca*" (7). En su segunda acepción explica: "*Aplicase al animal o vegetal que resulta de haberse cruzado dos razas distintas*" (8). Pero donde la idea cambia peligrosamente hasta recuperar su signi-

2. *Ibidem.* p. 97.

3. *Diccionario de la Lengua Española*.— Madrid, talleres tipográficos de la Editorial Espasa-Calpe, 1956.— Decimotava edición. p. 904.

4. *Loc. cit.*

5. Navagero, Andrés... *Cartas a Juan Bautista Ramusio* (carta cuarta), en: *Viajes de Extranjeros por España y Portugal*.— Madrid, Imprenta Sánchez Leal, 1952.— T. I, p. 886.

6. Martínez Kleiser, Luis... *Refranero General Ideológico Español*.— Madrid, Imprenta Aguirre Torre, 1953.— p. 506, refrán 44, 357.

7. *Diccionario*... cit. p. 872.

8. *Loc. cit.*

ficado negativo es en el verbo *mestizar*. En efecto, según el Diccionario, *mestizar* equivale a: "*Corromper o adulterar las castas por el ayuntamiento o cópula de individuos que no pertenecen a una misma*" (9). Según esto, mestizo equivaldría a hombre racialmente corrompido; vendría a ser lo mismo que mulato y, por ende, que la carabela. El mestizo se parecería mucho a esta nave, porque, como ella —según creencia de ese tiempo— tenía las peores partes de los géneros que le dieron ser. Carabo y barinel, mujer india y hombre blanco: el fruto era igual a la mulatizada embarcación. Según pensar de aquel entonces, la mezcla nunca daba buenos resultados (10). Pero, a diferencia de la nave famosa, el mestizo no iba a tener figuración pasajera sino una proyección duradera, positiva, definitiva y gloriosa en países como éste que nos vió nacer.

9. Loc. cit.

10. Desde los comienzos de la Humanidad los hombres no quisieron mezclarse con sus enemigos y como entonces se consideraba enemigo a todo el que no pertenecía al grupo propio, esto hizo persistir independientes a las llamadas "**razas puras**". En Europa el problema presenta mucha consistencia. Los griegos no fueron amigos pero tampoco partidarios de la mezcla. El matrimonio de Alejandro con la hija de Darío escandalizó a muchos. La mentalidad helena no invocaba al mestizaje para difundirse; por el contrario, como grupo director del mundo, pensaba que la mezcla redundaría en menoscabo de la prole. Los romanos, tampoco se propagaron indiscriminadamente. El hecho de ver a los extranjeros como "**hárbaros**" nos evita detenernos demasiado en la cuestión: las leyes protegían al ciudadano romano y supeditaban al extranjero. A la cultura greco-latina sucedió el mundo cristiano de los medievales, heredero de la tradición semita. Los judíos aborrecían las mezclas y fueron los que más velaron, en la antigüedad, por la pureza de su raza. El Génesis tenía un pasaje aleccionador al respecto, que hablaba de la confusión de dos linajes poderosos para producir un fruto desproporcionado: cuando los Hijos de Dios se juntaron a los Hijos de los Hombres se mezclaron las estirpes de Abel (por línea de Set) y Caín, naciendo de esta unión los gigantes (Génesis, VI, 4). Luego los hombres se dividieron por el mundo según descendían de Sem, Cam y Jafet, poblando Asia, Africa y Europa y originando las modernas razas. De los amarillos no se habla, por lo que algunos los creyeron descendientes de Caín, quien vivió en Nod, al oriente del Paraíso. Los cristianos medievales no fueron racistas, pero sembraron el concepto de que Adán había sido blanco, lo mismo que Cristo. Este último, en verdad, venía a ser un mestizo, porque aunque del linaje de David, tenía varias extranjeras en su árbol genealógico. Los medievales, sin embargo, repararon poco en esto; en cambio, se detuvieron a admirar algunos monstruos mitológicos como la Esfinge, el Minotauro, los centauros, los tritones, las sirenas y melusinas, todos híbridos originarios de ignotas mezclas. Los monstruos se cristianizan y aparece san Jorge venciendo al dragón. Pero la mentalidad popular seguirá creyendo en incubos y súcubos que al unirse a los mortales les darán por vástagos a los **cambiones**, verdaderos hijos de un mestizaje con el diablo, entre los cuales se ubicará Rómulo, Servio Tullio, Augusto, Simón el Mago, Merlín, Ezelino de Romano, Robin Hood y, finalmente, Martín Lutero. A estas alturas se descubre entre los europeos cierto afán por representar al demonio como un hombre negro con alas de murciélago (el hijo de las tinieblas) y a los santos como hombres blancos y resplandecientes (los hijos de la luz). Por esta razón Marco Polo descubrirá perfil satánico a los negros de Zanzívar. Los medievales pues, no están preparados —como sus antecesores griegos y romanos— a enfrentarse con el africano; de allí su incompreensión ante el mulato. Luego se descubrirá el Nuevo Mundo. Los españoles no hallarán amarillos, por no arribar a Cipango ni a Catay; tampoco negros, a pesar de que bajan hasta el paralelo de Arguim y Sierra Leona: sólo encuentran unos hombres del color de los canarios con largos cabellos lisótricos que recuerdan colas de caballos. Entonces sobreviene la mezcla ineludible y aparecen los mestizos. España tampoco estaba preparada para verlos. Por eso los encontró parecidos a los mulatos... pero los prefirió a éstos por hallarlos superiores. La razón entonces fue inconsciente, pero hoy —gracias a Toynbee— se explicaría por no haber producido los negros ninguna gran cultura y, en cambio, los americanos sí.